

LA VIRGEN DE LOS SICARIOS



La virgen de los Sicarios (Francia/Colombia, 2000)

Tras una ausencia de 30 años, el escritor Fernando Vallejo vuelve a Medellín, ciudad donde creció. No queda gran cosa de lo que había dejado: sus padres están muertos, una parte de la ciudad ha sido destruida, la mafia de la cocaína "el cártel de Medellín"... siembra el terror mediante bandas de asesinos. En un burdel de chicos, encuentra a Alexis, de 16 años.

Procedente de barrios pobres, Alexis forma parte de estos asesinos que matan a sueldo y que a su vez son asesinados por jóvenes sin futuro. Ya tiene varias muertes en su conciencia.

En esta ciudad de horror, caos y odio, donde las deudas de sangre pasan de hermanos a hermanos y de amigos a amigos, como si la suerte de los vivos estuviese en manos de los muertos, y donde sólo las iglesias son oasis de paz, el amor va a nacer entre ellos. Un amor sin futuro, condenado de antemano por la realidad que les rodea.

Si el ruido ensordecedor de la cadena Hi-fi que Fernando le regala a Alexis constituye una primera barrera entre ellos, muy pronto los asesinatos cometidos por el chico van a ser un obstáculo importante en su relación. No importa quién pueda ser candidato a la muerte por poco que moleste a Alexis o que se cruce en su camino. Por nada y sin el menor escrúpulo, como un nuevo Ángel Exterminador, saca su arma y dispara.

Los dos van tirando así, de iglesia en iglesia y de asesinato en asesinato, invadidos por su amor cada día más fuerte y más confiado.

Como Vallejo, el director Barbet Schroeder creció en Medellín. Schroeder ha producido varias de las películas morales de Eric Rohmer y ha dirigido varias películas (*Idi Amin Dada*, *Barfly*, *Reversal of Fortune*). Pero nada nos prepara para su visión del tan olvidado paraíso perdido, y menos desde el punto de vista del infierno. Un filme de Paramount Classics.

La película La virgen de los sicarios, basada en la obra homónima del escritor colombiano Fernando Vallejo y dirigida por Barbet Schroeder, se presenta el 6 de septiembre en competencia en el Festival de Venecia. Su estreno mundial es el 22 de septiembre en Francia y a Colombia llegará en octubre. Publicamos el comentario de la película, escrito por el poeta William Ospina, y el diario de Barbet Schroeder durante su estadía en Medellín.

«NO QUIEREN MORIR, PERO MATAN»

Por William Ospina

Fotografía de Juan Fernando Ospina

El joven protagonista de *La virgen de los sicarios*, de Barbet Schroeder, mata mucha menos gente que Rambo, o que los invariables e incansables policías de Los Ángeles y sus malvados enemigos, pero ninguna víctima de Rambo nos sobrecoge, y en cambio cada uno de estos crímenes improvisados en Medellín es perturbador y logra quitarnos el

sosiego. No acabamos de conciliar su advenimiento intempestivo con la cara de ángel del asesino, ese sangriento Tazio de barriada, ese Alexis, a quien no podemos conocer porque es elemental e imprevisible, porque vive demasiado de prisa, porque habita un mundo demasiado provisional y demasiado desprovisto a la vez, porque es apenas una nube que pasa.

Tal vez por eso es tan conmovedora la secuencia de las nubes que llenan y vacían desesperadamente los cielos de Medellín, que se desbordan sobre las montañas vecinas, que en seguida se esfuman, y que en algún momento fulminan con rayos tremendos el valle populoso y profundo. El director no puede impedirle comparar esa juventud tierna, dulce incluso, capaz de solidaridad y de devoción, pero a la vez implacable, inconsciente, inhumana, con la violencia impersonal de la naturaleza en un mundo tormentoso, agobiado de una casi insolente fecundidad. Vemos a estos jóvenes matar y morir en una danza impulsiva, irreflexiva, carente de sentido, y no conseguimos odiarlos, porque nos parece que se matan con la misma inocencia con la que se abandonan al amor o a la música.

No son del todo reales. Criaturas de la ficción de Fernando Vallejo, hechas para ilustrar a la vez sus ensueños y sus opiniones vehementes sobre lo humano y lo divino, sin duda tienen mucho de los jóvenes que ha conocido en su vida y de los que llenan con su muerte precoz la noche de las barriadas en la ciudad más extraña de uno de los países más extraños del mundo.

Estos jóvenes de Vallejo son curiosas quimeras, y ello no significa que no existan. «Conjuntan en su sangre», como diría un autor de culto de Vallejo, Porfirio Barba Jacob, la violencia con la inocencia. No saben vivir, pero lo intentan. No quieren morir, pero matan. No saben morir, pero mueren. ¿Quién se atreverá a decir que no existen? El director ha sabido recibir el doble aporte de Vallejo y de Víctor Gaviria para hacer una película que un mero colombiano tal vez podría concebir pero no realizar, que un mero europeo tal vez podría realizar pero no concebir. «Yo sé que no se parece a nada conocido», me dijo con orgullo Barbet Schroeder a la salida de una exhibición privada de su filme en la avenida Wagram, en París. Creo, sin embargo, que le ha hecho un consciente homenaje a algo conocido cuando escogió un caño turbio como aquel en que ocurren varias turbias escenas de La vendedora de rosas para una de las escenas más singulares de su película: la de la muerte del perrito. También siguió el consejo tácito de Gaviria de usar actores naturales sacados de las turbulentas barriadas para encarnar a sus personajes; esto hace crecer hasta el vértigo la dosis de realidad de la obra. Así podemos sentir con gratitud que un gran director del cine mundial se ha dejado tocar en la medida de lo necesario por una obra reciente del cine colombiano.

Halago lateral y amistoso al arte abigarrado pero hondamente intuitivo y poético de Víctor Gaviria, la película de Schroeder es también, centralmente, un homenaje a la personalidad imponente de Fernando Vallejo, después de García Márquez el más original y vigoroso escritor colombiano contemporáneo. Siendo tan intensos y conmovedores los jóvenes sicarios, es Vallejo quien centra la película, con su personaje a medias real, a medias fantástico, finamente reinventado por Germán Jaramillo, que ensaya para cada hecho de la realidad una conclusión epigramática.

La pasión de Barbet Schroeder por los cínicos griegos encuentra aquí su molde perfecto. Como en la vida de Diógenes contada por Diógenes Laercio, el protagonista filósofo va puntuando la realidad con sus frases insolentes, escépticas, mordaces, siempre a mitad de camino entre el edificante cinismo filosófico y el cinismo a secas de cada día. Sus opiniones son tan singulares que no logran desdibujar ni entorpecer la acción, y por momentos hasta creemos en el ser humano que se oculta bajo esa manía sentenciosa. El fin de Vallejo, con todo, es menos retratar una conciencia que zarandear a un país y, desnudando sus vergüenzas, igualarlo al resto de la humanidad, a la que insulta con indignación imparcial.

Su moral es la de Almafuerde, su complicidad con el criminal es idéntica:

*¡Dónde esconde sus pálpitos de lobo,
Dónde esgrime su trágica energía,
Para ponerme yo como vigía
Mientras urde su crimen y su robo!*

Y la conclusión de su prédica bien podría ser la de ese vigoroso poeta de los suburbios:

*Yo derramé, con delicadas artes,
Sobre cada reptil una caricia,
No creí necesaria la justicia
Cuando reina el dolor por todas partes.*

Por eso el protagonista va asumiendo gradualmente el papel de misionero del nihilismo, y su actitud profundamente religiosa, de modo negativo, se ve resaltada por su frecuentación de las iglesias. Es allí donde el nombre de la película revela su contenido secreto. Sobre los gritos que denuncian al Dios inexistente -lo que no impide que el protagonista lo vea en los ojos de un niño callejero abandonado y drogado- se yergue la imagen de la virgen de los sicarios, la madre comprensiva que santifica con su silencio la labor de los niños asesinos. Esa mujer intangible y ausente, en este mundo de hombres solos, de hombres que se aman y se matan, que se matan para amarse, que se aman para matarse, es un extraño símbolo, bien inexplicable pero bien imborrable. Buen sacerdote de su religión es este gramático que rechaza la procreación y odia a las madres aunque ama a sus hijos. Un hombre moderno, a la manera de Baudelaire, odiador profesional de la madre a la que idolatra, compadecedor de las ancianas en las que ve la crueldad de Dios:

*Ruinas, sois mis hermanas, vencidas, solitarias,
Cada tarde os despido con mi solemne adiós.
¿Dónde estaréis mañana, evas octogenarias,
Marcadas por la garra implacable de Dios? .*

Estas despiadadas comprobaciones, estos sermones del ateísmo militante, estos asesinatos simbólicos del poder, fueron siempre el modo como las sociedades se quitaron de encima las mordazas del clericalismo y las camisas de fuerza de una moral hipócrita. Aquí Barbet Schroeder se une a Vallejo para hacer una obra que pone a Colombia en el mundo, permitiendo a la vez que Colombia se mire a sí misma. Es evidente que la realidad del país no se agota en este elocuente símbolo de los amores entre un gramático y un sicario bajo la tutela espiritual de la virgen, como no se agota Rusia en Raskolnikov, ni Grecia en Clitemnestra, pero mucho de él está aquí a la vista. Y, cosa curiosa, será su aire profundamente familiar lo que le dará su éxito en Colombia, en tanto que será su radical extrañeza lo que le dará su lugar en el mundo.

Extrañeza de su tono humano, de su conmovedora música campesina, de sus barriadas equinociales y de la devoción de sus asesinos, idéntica a la de los cruzados y los conquistadores, que se santiguaban con las armas e invocaban al santoral para sus orgías de muerte, pero ahora utilizada no para arrasar al infiel ni destrozar al distinto sino al hermano querido. Lo demás no es extraño. Lo demás de esta historia es viejo como el mundo. Es el desolado amor de un hombre por su juventud perdida, y es la incestuosa guerra / de caínes y abeles y su cría de la que hablaba Borges. La muerte, que no es un patrimonio colombiano, sino, como lo dijo un crítico francés después de ver la película, «lo que más hay en todas partes».

Colombia-España, 2000



Dirigida por Barbet Schroeder, con Germán Jaramillo, Anderson Ballesteros, Juan David Restrepo, Manuel Busquets.

Siglo XX, principios de la década del '90. Después de treinta años, un escritor colombiano regresa al paisaje de su infancia. No es cualquier escritor sino Fernando Vallejo, uno de los más revulsivos, iconoclastas e irreverentes de su país. No es una ciudad cualquiera sino Medellín, ese templo de la cocaína que hizo famoso al difunto *narco* Pablo Escobar. Uno de esos territorios en los que "la vida no vale nada" dejó de ser una idea cursi, o el verso de una canción, para transformarse en la frase que expresa con precisión –fría, matemática– las alternativas cotidianas. El mayor mérito de *La virgen de los sicarios* está en el rigor con que el director Barbet Schroeder (*Mujer soltera busca*) logra reflejar ese estado de las cosas, en su *verosimilitud*. Claro que, en este contexto, la verosimilitud es una muy poderosa palanca, el vehículo de una andanada infernal, paradójicamente surrealista.

Lo que ha hecho Schroeder es apoyarse en la novela autobiográfica del propio Vallejo (una historia real que se convirtió en best seller y que este mismo escritor adaptó para la pantalla), concentrarse en unos pocos personajes y en una trama sencilla, aunque de mucho espesor. La trama es doble. "Romántica" por un lado, dado que Vallejo, que además es homosexual, al arribar a Medellín se *encajeta* con Alexis, un adolescente al que conoce en un prostíbulo, y se lo lleva a vivir con él. Socio-existencial por el otro, ya que todo transcurre en *Medallo* (uno de tantos mote que le han puesto a Medellín; el otro es *Metrallo*, por las ráfagas de mini-uzi que se acoplan naturalmente al murmullo urbano). Y si en Medallo la vida no vale nada es, entre otras cosas, porque buena parte de los jóvenes se desempeñan como asesinos mal pagos de los zares de la cocaína. Alexis es uno de ellos.

Voy a permitirme una digresión antes de continuar. Es posible, y hasta probable, que la Medellín *real* sea mucho más hermosa, e inmensamente menos sórdida, que la que pinta Schroeder. Lo que importa, en todo caso, es que la de Schroeder se impone como tal. Y que no es la razón ni la explicación, sino el vehículo, de los temas que expone el film.

Entre los rasgos más penetrantes de *La virgen de los sicarios* está la efectiva combinación de la materia puramente ficcional (es decir, actuada) con un registro de índole documental. Se filmó con cámaras digitales en la mismísima Medellín, y les puedo asegurar que la muerte se huele por todos lados. Muchos de los sicarios son verdaderos *chicos de la calle*, como así las iglesias, esos raros templos adonde hincarse a rezar o vender y consumir *bazuco* son tareas indistintas. Sobre la tensión docu-dramática se montan muchos otros contrastes. Los sicarios corporizan otra metáfora: la de *ángeles de la muerte*. Siempre van de a dos, montados en veloces

motocicletas desde las que disparan a sus víctimas para luego fugar con inédita rapidez. Son poco más que niños y matan (y mueren) sin conflictuarse, sin percibirlo casi. Vallejo no es ningún niño –va para los cincuenta–, pero luce tanto o más insensibilizado que los sicarios. Estos *cayeron* por obra y gracia de la marginación y el consiguiente embrutecimiento intelectual (oportunamente complementado por la adicción a las zapatillas rebook y los minicomponentes Aiwa); el escritor por la vía opuesta: es culto y consciente pero, a la vez, insuperablemente cínico, oscuro, escéptico. Como si el conocimiento lo hubiese condenado a una impotencia amarga, irreductible... reaccionaria incluso. A poco de llegar dice: "La vida es muy corta y cuando menos lo pensamos este negocio se acabó. Estoy viviendo horas extras, vine a morir aquí." Poco después le oiremos comparar a los pobres... con las ratas. Lo que le sobra a Vallejo es dinero. Esto le permite hacer de sus días una especie de paseo permanente, sin rumbo ni planificación, acompañado por su niño-amante. Dos muertos vivos, se diría, vagando por las calles de Medallo.

Hay momentos en los que el personaje del escritor (muy bien compuesto por el actor colombiano Fernando Jaramillo) peca de verborrágico: "ya nadie vale nada...", "la gloria es una estatua cagada por las palomas", "cuando la humanidad se sienta en sus culos a ver a 22 tipos corriendo detrás de una pelota estamos jodidos" y otras frases redundan al lado de imágenes que, antes y después, expresan aquello mismo con mayor contundencia. Especialmente si se tiene en cuenta que Vallejo no tarda en asumir rasgos marcadamente desagradables, que complican la *identificación* del espectador. Pero la lógica y la potencia del film terminan subordinando a este hombre a las imágenes... y a *otros* sonidos más apropiados que las palabras.

Las canciones a todo volumen que escuchan sicarios y taxistas, por ejemplo, llegan a encarnar otra cadena de metáforas contrastantes: como si de la música al aturdimiento no hubiera más que un paso, y ese paso se zanjara inevitable, irreversiblemente en Medellín. Los fuegos artificiales también asumen la naturaleza de un símbolo arrollador, toda vez que cierta noche, desde el balcón de su departamento céntrico, Vallejo y Alexis los ven surcar el cielo esplendorosamente. Lo que se celebra, hace saber el chico, es que... acaban de colocar otro cargamento de droga en Estados Unidos.

La virgen de los sicarios renuncia a moralejas imposibles, fáciles, y esta es una de las cosas que la ponen muy por encima de *Hombres armados*, la película de John Sayles que, por lo demás, abordaba un tema similar. El film del iraní (sí, Schroeder nació en Teheran en 1941, aunque muchos lo tengan por europeo) se limita a abrir una ventana al infierno. El paraje no es exactamente hermoso. Pero vale la pena asomarse.

Guillermo Ravaschino